



JOHANA ALEJANDRA RUZ MALDONADO
PROFESORA DE LENGUAJE

Licenciada en Educación y profesora de Estado en Castellano, egresada y titulada de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, actualmente se desempeña como profesora de Lengua y literatura en el Complejo Educacional Las Araucarias, tras haber trabajado durante diez años en el Colegio Carolina Llona de Cuevas en la ciudad de Santiago.

Ha cursado una gran variedad de cursos de capacitación y Congresos de Castellano que le permiten actualizar y profundizar su quehacer docente.

TEMA DE LA PUBLICACIÓN

LA IMPORTANCIA DEL VÍNCULO AFECTIVO ENTRE PROFESOR/A –ESTUDIANTE

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la lengua española, 23.ª ed., [versión 23.4 en línea]. Editores) <<https://dle.rae.es>> [diciembre de 2020].

Freud, Sigmund. (1914). Sobre la psicología del colegial. (Amorrortu Editores)

[http://www.bibliopsi.org/docs/carreras/terapiaeducacional/CIC-LOS%20VITALES%201/Sobre%20la%20psicologia%20del%20colegial%20\(1914\).pdf](http://www.bibliopsi.org/docs/carreras/terapiaeducacional/CIC-LOS%20VITALES%201/Sobre%20la%20psicologia%20del%20colegial%20(1914).pdf)

VÍNCULO AFECTIVO: UNA CLAVE PARA EL LOGRO EDUCATIVO

La maestra canta, abraza, palmotea, juega, dialoga, marca ritmos. La maestra hace vínculos, se ofrece al vínculo, teje vínculo.
María Emilia López

Así como la teoría del apego madre/ hijo establece que esta relación produce un vínculo afectivo positivo que desarrollará potencialmente en el niño la confianza en sí mismo y le permitirá enfrentar los desafíos del mundo de mejor manera, la relación profesor/ alumno es también un vínculo de apego necesario para el aprendizaje efectivo.

Vincularse es un término que proviene de la palabra latina *vinculare* que significa 'encadenarse'. El Diccionario de la Real Academia Española define esta palabra como *atar o fundar algo en otra cosa*. He aquí una de las claves de la docencia, dado que aquello que fundamos lo hacemos al interior de un ser humano. Y es que sin el vínculo afectivo, no se logra la confianza y solo cuando el otro confía plenamente, podemos derribar esa valla que nos separa del verdadero aprendizaje. Un aprendizaje holístico, acorde a los tiempos, que debe encaminar para la vida y no solo entrenar cognitivamente, sino permitirle a nuestros jóvenes pararse frente al mundo y ser capaces de decidir con libertad de conciencia.



La educación históricamente ha planteado la gran interrogante en relación a dónde radica la eficacia del proceso educativo. Conforme han ido cambiando las sociedades, también lo han hecho las necesidades que los estudiantes han desarrollado. Hasta hace algunos años, fueron ellos quienes debieron adaptarse a un sistema más bien tradicional, sistema vigente en la actualidad y que aún presenta reticencias al cambio. Hoy la imagen del profesor rígido, sinónimo de autoridad inquebrantable, modelo de seriedad y ortodoxia han ido cediendo terreno y, como pocas veces en la historia, somos los docentes quienes hemos debido comenzar a modificar siglos de prácticas que, en la actualidad, más nos alejan del logro educativo que nos acercan.

Freud, en su obra *Sobre la psicología del colegial*, adelantaba que más que aquello que un profesor enseña, lo que más curiosidad genera en un estudiante es su personalidad. Considerando la afirmación del psicoanalista, es que entendemos que los alumnos disfrutan tanto sabiendo acerca de la vida de sus maestros. Comprendemos el cariño que les suscita un encuentro fortuito en actividades cotidianas y lo mucho que disfrutan de momentos extraprogramáticos donde se deja, en parte, la formalidad del aula y es posible observarlos en escenarios bailando o en canchas jugando a la pelota en partidos amistosos. Cuando se dice que el profesor no es protagonista en el aula, estamos, en parte, eludiendo una responsabilidad avasalladora. Del humor del docente, dependerá muchas veces cómo se enfrenten los estudiantes a un nuevo aprendizaje, la simpatía o apatía hacia un grupo curso, determinará el nivel de relación con un nuevo contenido; del profesor o profesora, dependerá muchas veces el grado de alegría o infelicidad al interior de una sala de clases. Podemos ser quienes propicien el máximo desarrollo o quienes catapulten para siempre la motivación de niños y jóvenes.

De la misma forma en que un niño se desarrolla integralmente cuando sus padres refuerzan sus logros, los estudiantes afianzan su confianza y gusto por el saber cuando un docente aplaude sus aciertos. Asimismo, un niño que crece en medio del afecto establecerá una especie de complicidad con aquel que le abre su amor por el conocimiento y lo invita a participar de él. En la medida que nos hacemos cercanos y humanos para nuestros alumnos, los estamos implicando en nuestro quehacer. No querrán ser indiferentes, sabrán que todo aquello que les entregamos está íntimamente relacionado con todo lo bueno que para ellos esperamos. Sabrán, con plena certeza, que un reto no es más que un acto de corrección, pues en nombre del cariño no podemos permitirnos solo felicitar y soslayar las faltas. Sabrán que pueden confiar en nosotros y, naturalmente, se establecerá un ambiente confortable que no solo se traduzca en un centenar de materias, sino en una motivación permanente por querer aprender. Nuestros alumnos se harán parte plenamente en el proceso educativo, pues habremos derribado las barreras de la indiferencia. Y en ese querer aprender radica la eficacia de la educación.

Justo hoy, en medio de esta pandemia mundial que parece no querer abandonarnos prontamente, entendemos que la mejor enseñanza es aquella que nos permite reconocernos como iguales, aquella que nos permite sortear las dificultades que la sociedad y la vida nos van heredando, aquella que pone al respeto, a la igualdad, a la justicia y al autocontrol como ejes de la vida adulta. Para ello preparamos a nuestros niños, para poder caminar solos y a paso certero. Y, necesariamente, lo hacemos desde el afecto, desde el cariño que surge espontáneamente hacia quienes serán los forjadores de esas nuevas sociedades que esperamos, lo hagan mucho mejor que sus antecesores.

Por J. Alejandra Ruz Maldonado, profesora egresada y titulada del Departamento de Castellano de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Nacida en Santiago el 15 de julio de 1983. Actualmente reside en la comuna de San Fernando, ciudad natal de su familia paterna. Hija de Pedro y Mónica, ejes centrales en su formación literaria y valórica. Ha ejercido la docencia sin interrupciones, transformándola en su estilo de vida.